

Reseña

Juan Eduardo Mendoza Pinto. (2017). *Razonamiento geopolítico. Construcción de representaciones y códigos geopolíticos de Chile y sus vecinos*. Concepción: Sello Editorial Universidad de Concepción Serie Cuadernos Atenea.



El libro *en comento* presenta contundentes 237 páginas, en las cuales persiste una clara preocupación por exponer la traza de la geopolítica desde sus orígenes a la actualidad, incluyendo las actuales características de ella. Ya en la segunda mitad del ejemplar, el autor se enfoca en elaborar un método particular y ofrecer un dispositivo donde se concrete su mirada de análisis propuesta. Es un libro que viene a completar la poca bibliografía en castellano —tal como la de Heriberto Cairo (2002), *Elementos para geopolítica crítica de la guerra y la paz: la construcción social del conflicto territorial*, editado por la Universidad Complutense de Madrid— sobre una disciplina que ha sido tan discutida desde la derrota alemana en la II Guerra Mundial.*

Desde entonces el ostracismo de la geopolítica clásica se concretó en una serie de nomenclaturas, como geografía política, que expresaron su incomodidad con los antecedentes históricos, pero que al tiempo como en Samuel P. Huntington se usaron de modo encubierto y bajo otras denominaciones por ejemplo Geografía política o Geoestrategia. El autor, consciente de esta fragilidad, adhiere a un movimiento de renovación de estos estudios, encabezado, entre otros, por el francés Yves Lacoste, quien revaloriza el enfoque político del espacio.

De este modo, el libro de Mendoza es el fruto de un largo esfuerzo por considerar el espacio como objeto de confrontación de los discursos de las élites, conectándolos a su intención de utilizar la geopolítica para analizar las políticas exteriores de los estados y también de los actores participantes de él. Si bien su

* Al respecto, ver al propio Heriberto Cairo (2011), en “La Geopolítica como ‘ciencia del Estado’: el mundo del general Haushofer”. *Geopolítica(s)*. *Revista de estudios sobre espacio y poder* 3(2), 337-345.

enfoque es estatista, Mendoza no los desconoce y se mueve por la autodefinition de “geopolítico crítico”, pero de las geopolíticas críticas y no específicamente de la geopolítica crítica de Taylor y otros. Esta autodefinition es importante, porque demuestra que Mendoza es un ecléctico, capaz de conjugar diversas influencias (Giddens, Lacoste, Curgay, Taylor, Flint, De Castro, etcétera) y construir una definición para uso de los analistas. Así, a pesar de toda su raigambre europea (la tradición estadounidense no la destaca, ni analiza mayormente) es un estudio bastante latinoamericano, por lo ecléctico. Y esto parece ser una marca de los estudios internacionales en la región, que tienen, según algunos especialistas, marcada predilección por esta característica a diferencia de la producción europea o anglosajona. Es decir, aun tomando la geopolítica europea como base, este estudio es de geopolítica latinoamericana —y se nota.

Como he mencionado, la primera parte es bastante enciclopédica y solo pasada una lectura avanzada el autor ofrece definiciones y tomas de posición. El escrito es fragmento de su tesis doctoral sobre el análisis de actores en el conflicto occidente/oriente en Bolivia, la cual dirigí personalmente. Pero aquí el texto se independiza y se conecta con lo metodológico, que es otra faceta del interés del autor de proponer un instrumento, un dispositivo coherente con las definiciones que adopta.

Entonces la centralidad y utilidad de la primera parte, además de marcadamente docente (obtuvo los fondos para la publicación de un estímulo a manuales de la Universidad de Concepción en Chile), es la de ser útil a las perspectivas latinoamericanas. En esta primera parte, la transición histórica de la geopolítica queda bien explicada y eruditamente desarrollada (Montesquieu, Von Humboldt, Makinder, Mahan, Kjellen, Haushofer, Huntington, Brzezinski, Lacoste, Taylor, Wallerstein, Gaddis, y un largo etcétera), pero diríamos que su aporte son las definiciones propias. La más relevante de ellas es su concepción del eje en el discurso que traslada el eje desde la mirada geográfica al enfoque y análisis del discurso. Epistemológicamente Mendoza también se aleja de modo marcado de las pretensiones de mega ciencia que tuvo la geopolítica clásica, de sus ideas de leyes, principios y axiomas, para asumir la geopolítica como un enfoque analítico. Y decimos “enfoque”, palabra que nos transmitió su autor, ya que el estatuto científico de la geopolítica es más que controversial.

No obstante, es real que la geopolítica se ha seguido invocando en cuanto el ordenamiento y comportamiento de los Estados en el sentido del escenario internacional tiene ciertas variables que surgen de constataciones de hecho. Por ejemplo, que el elenco de los valores a nivel interno no se condice con los tratamientos a nivel internacional o que, como recalca el autor, las concepciones acerca del espacio son dinámicas y no siempre son las mismas. Por ello su concepción geopolítica se aleja de la falta de flexibilidad de la tradición clásica que suponía intereses eternos y miradas únicas; aquí Mendoza recalca la centralidad de la elite para considerar el espacio como propio y atingente.

Por cierto, el autor se aleja de las visiones catastrofistas que ven en la geopolítica un instrumento de lucha contra otros estados. Nos llama a comprender la complejidad de los sistemas, de la vida social y del sistema internacional. Por cierto, el conflicto y el poder están ahí, pero hay también relaciones que fraguan conveniencias mutuas, ganancias pequeñas pero suficientes, y que no se parecen al juego de suma cero de expandirse o desaparecer. Opta por enfoque y ofrece un método situado a nivel del análisis y de la toma de decisiones en un escenario dominado por variables no solo soberanistas sino globales como cambio climático o naturaleza, entre otros aspectos. Un objeto menos elevado que la presentación clásica de la geopolítica como un instrumento (ofrecido) a los gobernantes, pero más realista y adecuada.

La segunda parte del libro trata del método. Enfatiza que el problema de la geopolítica no es geográfico, sino la representación de este espacio en términos políticos o de poder. Entonces el problema no es de “geografía”, sino de sociedad, ya que las élites construyen representaciones que transforman en códigos, y estas son las que inspiran las políticas exteriores. De modo que las prácticas de las elites, que son construidas por discursos e ideologías, se originan en actores concretos. Y ellas inspiran ideas y códigos, siendo forzoso reconocerlas para poder analizarlas.

Para el autor, las representaciones son dinámicas y el esfuerzo de la geopolítica es evidenciar el valor concedido al espacio, que se configura en torno a diferentes elementos, divididos en permanentes y no permanentes. Los permanentes son la geografía, la historia, la realidad socioeconómica, la composición étnica y demográfica, y los recursos naturales. Los no permanentes son los actores, la representación geopolítica, las estrategias, el liderazgo y la gobernabilidad. Me atrevería a sugerir al autor que hubiera sido mejor denominar estos elementos al modo de las configuraciones causales: elementos necesarios y elementos suficientes, ya que unos son la base material y la otra, las formas como se articulan y reaccionan los actores frente a las primeras. Sin unos no hay base para la representación: sin los otros, no hay representación. En todo caso, es una sugerencia.

Por ello el autor adelantaba en su presentación que, para la geopolítica,

el centro de sus análisis son las representaciones que los actores tienen de su poder sobre un territorio [...]. Es por esto que hemos titulado esta obra razonamiento geopolítico, porque con ello queremos descifrar los códigos y modelos geopolíticos que están presentes en las estatales o no estatales (Mendoza, 2017: 19).

Y reitera más adelante: “[...] para comprender estos modelos y códigos, debemos estudiar cómo los discursos y las prácticas geopolíticas han inspirado las políticas exteriores de los actores internacionales” (Mendoza, 2017: 19).

Sin sociedad, sin actores, no hay discurso. El problema, afirma el autor, es que debemos situar el análisis sobre el discurso, sobre esa construcción que da valor a elementos que como tales son en cierto modo inertes, pero sometidos al hombre adquieren un valor aunque sea simbólico, y que a veces son parte de valores materiales, de bienes escasos y disputados cuando la propia comunidad puede sufrir retraso o no en su desarrollo.

Respecto del dispositivo primero se apoya en Csurgay (2010), Gaddis (1982 y 1987) y Flint (2006). De este último toma los cinco cálculos principales y ofrece, ayudado por Karen Manzano, una joven y emergente geopolítica, la mirada de cuatro actores, Chile, Argentina, Bolivia y Perú. El autor avanza en una comprensión interrelacionada de las miradas de cada actor. En ese escenario, se presentan “los actores, amenazas, ventajas y fortalezas de cada uno de estos estados” (Mendoza, 2017: 17). Y lo hace esbozando la situación geopolítica, compuesta de actores, poder, espacio, representación geopolítica y códigos geopolíticos, que confirman los dispositivos estratégicos. Ya no se centra en Chile, por ejemplo, para trazar las valoraciones, sino en el juego de estos cuatro países, mostrando que hay cuatro focos potenciales de interés en el futuro y que tienen que ver con cierta condición periférica: el Norte Grande, Aysén y Magallanes, la Antártida, e Isla de Pascua-Océano Pacífico. De ellos, las dos últimas se insertan en la geopolítica a gran escala y las otras dos, en cambio, son estrictamente vecinales. De modo que la mirada de Chile es de cierta urgencia en la previsión de escenarios para estas cuatro zonas; es allí donde se jugarán ciertos intereses, y también la llegada de actores intrarregionales. Por ello el marco de

la negociación y de la cooperación, pero también del reforzamiento presencial, es indispensable.

En suma, estamos ante una obra pedagógica que ofrece el marco teórico histórico, pero también la forma de analizar según nuevos preceptos. Ya no estamos ante las ideas organicistas del Estado, ni tampoco a la idea que todo se deriva de la geografía. Es un enfoque que privilegia la construcción de conceptos, los códigos y modelos geopolíticos, en la *representación* de los espacios. Esto me hace recordar a Max Weber cuando decía que el clima, la naturaleza y el color de la piel no debieran nunca constituir *per se* un objeto de la ciencia social, salvo que los hombres le den un significado. Este es más menos el razonamiento de Mendoza.

Cristián Garay Vera

Universidad de Santiago de Chile, Chile
ORCID 0000-0002-6575-7456, cristian.garay@usach.cl